

# AUTORRETRATO

## Víctor Maldonado



Si tuviera que hablar de mí, me gustaría poder contar que nací en una noche de luna llena (redonda como un penique), con los huesos fríos o frente a un polvoriento cruce de caminos. Me gustaría poder decir que de pequeño escribía poemas trágicos sobre dos marmotas enamoradas, soñaba con mantos de hojas secas o miraba a través de las botellas para ver las cosas sin distorsionar. Que en los ratos libres dibujaba en mi cuaderno extraños personajes de mirada melancólica, que escribía poemas sin rima sobre vagamundos cansados de viajar y que dos musas me acompañaban en silencio (una de ellas muy hermosa por cierto). Y porque no, me gustaría decir

que más tarde escuché cerdos cantores con voz de jilguero, que conocí a la tristeza en forma de niña de pelo negro y que un títere me aconsejó cosas imposibles de realizar.

Pero no fue así, por eso prefiero que todas estas cosas las hagan otros, aunque sea sobre papel.

Considerarse ilustrador y no tener obra es una paradoja (y una pretensión), por eso mejor no hacerlo. Es difícil hablar sobre algo que no se es, pero a lo que uno en otras circunstancias no le importaría dedicarse (¡si me dejaran, claro!).

Por circunstancias de la vida el mundo de la animación ha acaparado mi car-

tera, para bien o para mal. Pero lo que es cierto es que me ha ayudado a valorar la inmediatez de la ilustración, su calidez y su total personalidad. No importa el formato ni la técnica, aunque la tecnología sea el medio, al final no recordamos las pinceladas sino las sensaciones. Como se suele decir, se tiende a valorar más lo que no se tiene que lo que poseemos, nunca mejor dicho, y es que para mí ilustrar es un oasis en medio del desierto.

Dicen que las personas podemos vivir sin comer quince días, seis sin beber y tres sin dormir, pero que no podemos estar ni un segundo sin imaginar... y eso sí que lo puedo decir yo.

